

ficos y técnicos, médicos y dentistas del mismo orden y alumnado de segundo y tercero nivel también.

IV. SITUACION PROBABLE EN 1971 SI SE ALCANZAN LAS METAS ESTIMADAS (2)

El valor del *índice compuesto* (72,7) para 1971 nos situaría, en forma compatible con el *PNB*, al final del tercer nivel o principio del cuarto. Serían también compatibles la *población en la agricultura* (28,3), el *alumnado* del segundo nivel y algo escaso el número de ingenieros y científicos, médicos y dentistas y alumnos del tercer nivel.

CONCLUSIONES

1. La asignación de Harbison y Myers fué bien hecha.
2. Si los indicadores de estos autores reflejan la realidad, entre los años 1958 y 1963 hemos realizado un *desarrollo previo*, saltando a unos diez países en el grupo de semiavanzados.
3. Nuestra situación actual es comparable con la de Italia entre los años 1959 y 1961.
4. De cumplirse las metas señaladas en el II Proyecto Regional Mediterráneo, en 1971 seríamos el país más avanzado de nuestro grupo o habríamos pasado a los últimos lugares del de «Avanzados».

I

La formación del personal de televisión

JESUS GARCIA JIMENEZ

Jefe de Programas Educativos y Culturales de TVE

Durante más de treinta años, quienes de una u otra forma se encontraban comprometidos en tareas educativas no lograron sustraerse a un ambiente general de temores y de recelos en torno a la función que los grandes medios de comunicación, en especial el cine, venía ejerciendo en el panorama educativo.

Afortunadamente, esta etapa de recelos ha sido superada ya con éxito. En parte, porque han crecido paralelamente a la evolución y desarrollo del cine instituciones y movimientos cuya misión específica era la formación cinematográfica, y en parte también, porque es un fenómeno que hay que aceptar el hecho de que la evolución y desarrollo de las técnicas de comunicación estimula en sus directos destinatarios un creciente espíritu crítico, que actúa de tamiz y de freno para posibles contrabandos.

En el caso del cine, este proceso ha sido particularmente claro y sintomático.

Sin embargo, el desarrollo de las técnicas de comunicación humana ha sido de tal modo vertiginoso que ha dejado pocas opciones en el hom-

bre que las padece y las disfruta para reaccionar ante su tremendo poderío.

El caso más típico ha sido la televisión.

La televisión ha traído consigo el derrumbamiento de numerosos ídolos, pero no me atrevería yo a calificar su advenimiento como un advenimiento liberador ni redentor. En ocasiones su acción parece revestirse de una agresividad vandálica y sin prejuicios que ataca también a puras esencias de nuestra cultura humanística.

Lo realmente grave no ha sido, por tanto, la proporción acelerada de su expansión y crecimiento técnicos. Esto es siempre un valor positivo. Han sido la inhibición y la impotencia en la capacidad de control que amenazan prácticamente en el uso de este poderoso instrumento.

Si ante la acción agresiva del cine se ha tardado más de treinta años en reaccionar, ¿qué ocurrirá en el caso de la televisión?

A mí, particularmente, me asusta el contemplar la tardanza, la pereza y el entumecimiento en las reacciones de los sistemas educativos tradicionales frente a la carrera contra reloj de la

evolución técnica de estos medios. Si buscásemos la solución por la vía de adecuación habría que aceptar como fatal e inevitable la muerte de muchos de nuestros valores. Para mí, el resultado brutal y falaz al mismo tiempo sería el escepticismo axiológico y el concepto mitológico de la existencia. La fuerza ciega de la técnica en el campo de las comunicaciones nos ha dado ya sobradas muestras de sus pretensiones cuando no existe un criterio claro que la someta a más altas finalidades.

El nacimiento del humanismo nuevo, indispensable para crear no sólo la fuerza de reacción, sino para revitalizar y dar sentido a la acción de la técnica, no puede venir, insisto, de los sistemas educativos tradicionales.

¿Debemos dar por perdida de antemano la batalla? De ningún modo. Pero es indispensable arbitrar una fuerza multilateral y conjunta que dé una respuesta cabal a esa interrogante que ya hay planteada en el ámbito educativo a propósito de la televisión.

¿Cómo lograr esa fuerza multilateral y conjunta? Creo que atendiendo a tres niveles diferentes:

Formación profesional.

Educación del público.

Adopción por parte de los sistemas educativos.

Hay que reconocer, por desgracia, que en los tres aspectos está casi todo por hacer. Pero ahora vamos a limitarnos al primero de los puntos.

En el aspecto de la formación profesional no sólo habrá que ahondar y perfeccionar los sistemas que se vienen siguiendo, sino que, a mi modo de ver, habrá que rectificarlos.

La formación profesional en materia de televisión ha crecido al amparo de la formación periodística, o, más en concreto, al amparo de la formación profesional de la prensa. Esto implica varios y serios inconvenientes. No ya porque responde a un concepto simple, y como tal inexacto, de la naturaleza y funciones de la televisión, que en manera alguna puede considerarse exclusivamente como un órgano informativo, sino también porque se ha prescindido del estudio sereno y sistemático de sus características diferenciales y de sus contenidos humanos.

El proceso en los sistemas de formación profesional en el terreno de la televisión ha sido como sigue:

Inicialmente aparecieron clases de televisión en los institutos y escuelas de periodismo, entendiendo que la televisión no era sino una faceta concreta del periodismo escrito o gráfico. Tanto la radio como la televisión fueron invitadas a tomar parte en los programas oficiales, en calidad de manifestaciones periodísticas. Se habló de «periodismo radiofónico», «periodismo televisado» o «periodismo audiovisual». Solamente en Estados Unidos existen más de cuarenta escuelas con clases de «periodismo televisado», y hoy prácticamente no existe una sola escuela dedicada a

la formación de periodistas que no incluya a la televisión entre sus asignaturas especiales.

El segundo paso del proceso fué la creación de departamentos de televisión en los institutos de información. Tal fué, por ejemplo, el caso de la Universidad de California meridional, ya en el año 1955.

Suponía este hecho la consecuencia de otro no menos sintomático y prometedor. Después de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Libertad de Información (Ginebra, 1948), las enseñanzas del periodismo habían comenzado a adscribirse a facultades universitarias. La prensa comenzaba a nutrirse en el clima de las aulas superiores de universidades prestigiosas, adquiriendo con ello un empaque y una trascendencia proporcional a la trascendencia de su cometido social. Aparecían, sin embargo, dos tendencias claras, que podrían calificarse de «tendencia americana» y «tendencia europea».

La «tendencia americana» insistía en la necesidad de la formación práctica con la enseñanza de materias estrictamente profesionales.

La «tendencia europea» ponía el énfasis, en cambio, en la conveniencia de edificar los conocimientos y experiencias profesionales sobre una sólida base humanística, elaborada mediante el estudio de las ciencias sociales y políticas.

Pero se llegó pronto a la conclusión de que ambos sistemas no eran exclusivos. Al contrario; una sólida formación profesional debe asentarse sobre la doble base de conocimientos teóricos y de ejercicios prácticos.

También es cierto que no puede afirmarse con todo rigor que los estudios del periodismo comencasen a acercarse a la universidad con la conferencia de Ginebra. Ya desde comienzos de siglo varias universidades alemanas, austríacas y suizas habían incorporado a sus facultades humanísticas el estudio de la llamada «Zeitungswissenschaft» (Ciencia del Periodismo).

Sin embargo, las escuelas de periodismo, incluso las más prestigiosas, como la del Instituto Werner Friedman, de Munich, creada al año siguiente de la conferencia de Ginebra, estimaban que la televisión merece una categoría especial.

Surgen en el panorama universitario nuevas facultades, dedicadas al periodismo, que pretenden dar altura y trascendencia a las simples escuelas anexas a facultades. Así, en la URSS aparecen la Facultad de Periodismo de la Universidad de Estado Lomonosov, en Moscú; la Facultad de la Universidad de Kiev y la de Lvov (República Socialista Soviética de Ucrania).

En Europa se estima, con todo, que en general puede preguntarse si resulta aconsejable conceder un título de licenciatura o de doctorado en periodismo a un estudiante que, a pesar de merecerlo en pura teoría, carece, sin embargo, de la experiencia necesaria para el ejercicio de la profesión. Al parecer, como piensa Jacques Bourquin, profesor de Periodismo en la Universidad de Lausana (Suiza), se justifica más una licen-

ciatura o doctorado en Ciencias Sociales, Políticas, Económicas, Administrativas, Filosóficas o Jurídicas con mención concreta a la especialidad de «Ciencia de la Información», o a «Publicismo», o a «Periodismo». De hecho así sucede en las universidades de Bruselas, Lovaina, Munich, Münster y Viena (1).

Un estudiante salido de las aulas de la universidad no está en condiciones de ejercer activamente la profesión del periodismo en cualquiera de sus ramas.

Se piensa, por consiguiente, en la conveniencia de que los institutos de periodismo, e incluso las facultades, sean sustituidas por institutos de información, dependiendo, por supuesto, de las universidades.

Los estudios cursados en estos centros ofrecerían la posibilidad real no sólo de preparar para las distintas ramas del periodismo (escrito, radiofónico, televisado, cinematográfico), sino además de alternar y hacer compatibles a las enseñanzas teóricas con las prácticas.

A este propósito afirma E. Lloyd Sommerlad, del Departamento de Información de la Unesco, que un instituto de información dependiente de una universidad podría asegurar una formación completa en todos los medios de información y dar a los estudiantes al mismo tiempo la posibilidad de seguir unos estudios generales.

Más de la mitad del programa de preparación para el diploma estaría consagrado a la enseñanza de las lenguas, Literatura, Historia, Geografía, Ciencias Económicas, Administración Pública, Sociología, etc. Estos estudios serían cursados en las facultades universitarias normales y correspondientes durante los dos primeros años de un ciclo de cuatro.

El programa del tercer curso comprendería ya enseñanzas profesionales de base común a todas las ramas de la información: redacción de noticias, reportajes, historia del periodismo, legislación en materia de información, principios de la comunicación, sociología de la información, la información y el desarrollo nacional, investigación en materia de comunicación, etc.

El cuarto curso podría ofrecer al estudiante un sistema de opciones que le permitiese especializarse en algún medio concreto: prensa, radio o televisión. Durante este último curso es importante dedicar una buena parte del tiempo a trabajos prácticos y a experiencias directas en colaboración con las empresas informativas, en la forma en que lo viene haciendo desde hace años el Instituto Werner Friedman con la docena de alumnos seleccionados por concurso. Durante todo un semestre trabajan, bien en la Deutsche Presse Agentur, bien en los organismos federales de radio o en la televisión alemana.

Esta concepción del instituto de la información nos parece coherente, realista y práctica. En ella se aseguran, por una parte, los conoci-

mientos teóricos de base y la formación universitaria indispensable; por otra, los conocimientos profesionales comunes (los medios de comunicación se encuentran vinculados por una extraordinaria interdependencia en sus modos de expresión, sus contenidos y su compromiso social), y, finalmente, asegura también los conocimientos específicos y concretos de cada una de las especialidades.

Considero interesante con este motivo transcribir la autorizada opinión de Wilfrid Eggleston, director del Departamento de Periodismo de la Universidad de Carleton, Ottawa (Canadá) y presidente de la Canada Foundation: «Si se desea que las escuelas de periodismo cumplan su misión en el mundo moderno debería aplicarse una mayor atención a la enseñanza audiovisual. Deberían aplicarse los conceptos de la información a la radio, la televisión y el cine. El futuro graduado en periodismo estará mejor preparado para su carrera si conoce por lo menos una parte de los métodos esenciales de la información y si ha aprendido a combinar los métodos de la información hablada y visual, tal como pasa en la televisión y en el cine (2).

Percatada la Organización de las Naciones Unidas de la trascendencia del problema de la formación profesional en materia de comunicación, solicitó a la Unesco, por mediación del Consejo Económico y Social, el llevar a cabo una serie de reuniones encaminadas a estudiar los factores operativos en el desarrollo económico y social por parte de los medios de información. La reunión para América Latina tuvo lugar en Santiago de Chile del 1 al 13 de febrero de 1961.

La reunión consideró, según expresa el *rapport*, que la particularidad y la evolución de la televisión deben ser tomadas muy en cuenta al establecer un programa para la formación del personal destinado a este medio de información (3).

La formación, añade el informe, podría organizarse tomando en cuenta los mismos grupos de personal mencionados en el caso de la radiodifusión, es decir, personal de producción, de transmisión y de administración.

Se señalaron dos modalidades principales de formación: una, *complementaria*, que implica la readaptación de los técnicos de radiodifusión, cine y de otro personal preparado en actividades técnicas vinculadas con la televisión. El objeto, en este caso, es ayudar a este personal a aplicar sus conocimientos y su experiencia a la televisión y facilitar su adaptación a este nuevo método de expresión. La otra modalidad se denominó formación *completa*, destinada al personal no especializado. Esta formación debería inspirarse en los métodos de la radiodifusión y del cine, pero incluiría enseñanza rigurosamente

(1) *La formación de periodistas*. Unesco, París, 1958, 171.

(2) Cfr. *La formación de los periodistas*. Unesco, París, 1958, 53-54.

(3) *Los medios de información en América latina*. Unesco, París, 1961, 37.

adaptada a los problemas particulares, la técnica y el arte de la televisión.

En cuanto a la formación del personal superior para la producción y realización de programas de televisión, lo mismo que para la transmisión y administración, la reunión subrayó que en la actualidad sólo existe en la región un país, Méjico, donde se dictan cursos especializados en esta esfera.

Ante la posición adoptada por la reunión de Santiago de Chile para la América Latina cabe preguntarse: ¿puede estimarse como recomendable para la formación del personal de televisión este sistema? Creo que no. Puede afirmarse que es útil como iniciativa fundamental encaminada a cumplir los objetivos básicos de la reunión: un racional y adecuado uso de los medios de información al servicio del desarrollo comunitario de los países afectados. Esta condición no permite al sistema liberarse de cierta provisionalidad y cierta urgencia, circunstancias que nos impiden recomendarlo como ideal.

En general, adolece del mismo defecto del que suelen adolecer los cursos más o menos improvisados que organizan los propios organismos de televisión para preparar a su personal, e incluyo entre ellos los organizados por el *Staff Training* de la BBC, con sus seis especialidades en el curso de producción y los correspondientes al programa de especialidades administrativas y de secretariado. Cabe incluir también las enseñanzas del *Centre d'études radiophoniques* de la ORTF, órgano que publica la revista *Cahiers d'études de radio-télévision*.

Los cursos de esta naturaleza se rigen en general por el criterio que hemos denominado «americano», eminentemente pragmático.

Sin embargo, mientras centros europeos, como el CIESJ (Centro Internacional de Enseñanza Superior de Periodismo), de Estrasburgo, no se ha ocupado todavía, según creemos, de la televisión en forma directa (4), el CIESPAL (Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para la América Latina), con sede en la Universidad Central del Ecuador, en Quito, que equivale al CIESJ de la América Latina, ha logrado una orientación de claro estilo europeo.

En efecto, el CIESPAL ha clasificado sus temas en materias básicas de cultura general, materias técnico-profesionales y estudios complementarios. Se consideran materias básicas la Filosofía, las lenguas, la Organización del Estado y derechos cívicos, la Historia de la Cultura, el Desarrollo Económico-Social, la Geopolítica y los Organismos internacionales.

Entre las materias técnicas y profesionales se incluyen: el Periodismo de información, Técnicas de información y documentación, Introducción a las ciencias de la información, Psicología de la

información, Relaciones públicas, Responsabilidad periodística, Sociología de la información, Publicidad, Periodismo de opinión y periodismo comparado, Técnicas de investigación en materia de periodismo, Periodismo audiovisual, Fotoperiodismo y Administración de empresas.

Esta orientación nos parece más sistemática, más coherente y responde al mismo criterio que ha inspirado los programas del *Council on Radio and Television Journalism*, con la misma duración (cuatro años) y la misma clasificación de materias. Añade, sin embargo, algo importante: la ordenación y clasificación de las materias específicamente referidas a la televisión. A los estudios generales de cultura básica, que persiguen sobre todo el cultivo de las ciencias sociales, añade el programa el estudio de materias tan sugestivas como las siguientes: La radio y la televisión, instrumentos sociales; Relaciones de la televisión con la Administración, la industria y el público; Responsabilidad social y jurídica de la televisión; La televisión como medio de publicidad; Normas para el ejercicio de la profesión; Evaluación de audiencias; Estudio de las fuentes informativas y métodos de trabajo, etc.

Los intentos más serios de aproximación de la universidad a la televisión son para mí, con todo, la XXVIII Semana Social Universitaria de la Universidad Libre de Bruselas (Instituto de Sociología Solvay) y el Instituto Hans Bredow de Hamburgo.

La primera organizó entre el 21 y el 26 de marzo de 1960 una semana de estudios superiores de televisión en la que fueron abordados por especialistas los temas más capitales del problema: La televisión como empresa y como servicio público; La televisión educativa; Juventud y televisión; televisión y tiempo libre; Concomitancias y discrepancias de la televisión con respecto a los restantes medios de comunicación; La televisión y su público; La televisión, medio de información de masas; Estudios e investigaciones sociológicas en torno a televisión; La televisión y el contacto entre los pueblos, etc.

El Instituto Hans Bredow, de la Universidad de Hamburgo, fundado después de la guerra y dirigido por Zeculiu, muestra, sin embargo, características muy peculiares. La fundamental es el enfoque de los estudios de televisión al trasluz de la publicística, esa ciencia que ha sabido redescubrir y poner de relieve Erich Feldmann, catedrático de Filosofía y Pedagogía en la Universidad de Bonn. Sería interesante observar cómo el nacimiento de la que Feldmann ha llamado «Bildwissenschaft» (Ciencia de la imagen) es el final de un largo proceso que parte en Bacon y sigue en Wolff, Hegel, Comte, Windelband y Durkheim. Pero ahora debemos renunciar al propósito de esclarecer esta afirmación, dejándola para mejor ocasión.

A pesar de todo, ni la publicística, tal como puede estudiarse en las universidades de Berlín (libre), Münster (Westfalia), o Heidelberg en

(4) Es cierto, sin embargo, que el CIESJ ha organizado cursos que tangencialmente se han ocupado de la TV. Así, por ejemplo, el organizado entre el 11 y el 26 de octubre de 1963 sobre el tema: *La prensa escrita frente a la televisión*.

Alemania, ni esa ciencia movísima llamada «Demodoxalología» (Ciencia de la Opinión Pública), tal como puede estudiarse en Roma, son capaces de cerrar el sistema ideal para la formación integral del personal de televisión.

La última razón habrá que buscarla en esa inevitable polarización que el único tipo de periodismo conocido hasta hace poco ha venido ejerciendo en toda manifestación ulterior de las nuevas formas de expresión y comunicación humanas. Creo que urge una emancipación de la televisión insistiendo en aspectos nuevos nacidos de técnicas nuevas.

La televisión no es sólo un periodismo en imágenes; es algo mucho más profundo en su naturaleza y en sus consecuencias. Mientras esto se ignore en la práctica por parte de quienes tienen la obligación de la formación de los profesionales de televisión seguiremos padeciendo efectos negativos de gran alcance, debidos a una visión unilateral y fragmentaria de esa vastísima influencia que en lo humano está llamado a ejercer este poderoso instrumento.

(Continuará.)

y III

La educación de adultos

JOSE ANTONIO PEREZ-RIOJA

Doctor en Filosofía y Letras, Bibliotecario, Director de la Casa de Cultura de Soria

III. LA LECTURA Y LOS MEDIOS AUDIOVISUALES EN LA EDUCACION DE ADULTOS

FUNCIÓN DE LA LECTURA EN EL MUNDO ACTUAL

— En una época de predominio técnico como la nuestra se vive más aprisa, más hacia fuera. Por un trastrueque de valores, parece que la civilización se superpone a la cultura, como si la máquina venciera al espíritu. De aquí el que algunos crean que la función del libro está agotada. Pero no lo está, aunque ciertos signos externos pretendan demostrarlo. Quizá, y como el más peligroso de todos, el hecho evidente de que nuestro tiempo no cultiva el silencio, asediado el hombre como está por los mil ruidos diferentes —en la calle, en la fábrica, en el taller, en el espectáculo, en la propia casa—, que le acechan hasta en su misma intimidad.

Es el libro —y lo seguirá siendo— la expresión más genuina de la cultura. La cultura, por su parte, supone una suma de valores eternos, un

conjunto de formas de vida: artes, ciencias, historia, literatura, tradiciones, etc. Tal es la razón de que la función social y educativa de la lectura no esté agotada hoy ni llegue a estarlo en un futuro más o menos próximo. Porque los medios audiovisuales no han suplantado al libro ni llegarán a desplazarlo de esa función educadora del espíritu que, a través de un íntimo y silencioso coloquio entre lector y autor, implica la lectura.

No son enemigos —y no debe contribuirse a que lo parezca— el libro y los medios audiovisuales. De su ponderada colaboración cabe esperar, por el contrario, los mejores frutos. Todas estas nuevas técnicas —la radio y la televisión, especialmente— pueden sembrar inquietudes, despertar curiosidad, abrir horizontes más amplios... Pero todo eso no debe quedar ahí, en unas voces y unas imágenes que se esfuman, que se pierden o se desdibujan en el vacío de nuestra conciencia. Es el libro —necesariamente— el que ha de venir después para fijar esas voces e imágenes, para sedimentar conocimientos, para enseñar a pensar, para producir en cada hombre un clima espiritual creador y constructivo.